

profesionales o el periodismo. Casi todos son o empleados o funcionarios. Ninguno vive de su pluma. Se autocalifican de «clase media».

El prestigio social de la profesión de escritor ha perdido su situación privilegiada del siglo pasado, y cuando se ha preguntado a los escritores que dijeran cuál era la actitud de las distintas clases frente a la profesión, respondieron que la clase alta los desprecia o los ignora; que la clase media es la que más los estima y que los sectores obreros no tienen posibilidad de conocerlos...

Uno de los aspectos más atractivos de esta investigación ha sido el referido a las motivaciones de la labor de escribir. La mayoría respondió que escribe por vocación creadora; más de la mitad se autocalificaron de «artistas», y apenas una cuarta parte aceptó que había en su labor creadora una intención de «crítica social»; solo ocho (sobre 250) confesaron que escribían para «entretener a sus lectores». La autovaloración de los escritores da pie a algunas conclusiones dignas de ser consideradas. Cuando se los interrogó sobre el valor de su tarea para la sociedad, más de la mitad reconocieron que ejercen una tarea beneficiosa en la sociedad en que viven; un cuarto respondió que su presencia era nula... Se los interrogó sobre los tipos sociales descritos en sus obras y por qué los habían elegido; el 30 por 100 dijo que los interesaba pintar la clase media, seres comunes y corrientes. Y justificaron esa elección debido a que era la más conocida, o aquella con la que se sentían identificados.

Cuando se les preguntó cuál era el problema fundamental de Chile, casi un 30 por 100 respondió que la falta de educación popular... El 17 por 100 dijo que la miseria; el 16 por 100 que la injusticia social.

La segunda parte está dedicada a analizar el nacimiento de la vocación de escritor (edad, actitud de los padres, grupos literarios, edición del libro primerizo), así como la vida literaria (financiación del primer libro, concursos, premios, ganancias, número de libros, relaciones con los colegas, composición del público lector, formas de difusión de los libros, relaciones con los lectores, expresión del éxito literario, el prestigio literario, los escritores chilenos más admirados).

A excepción de una obra precursora dedicada al tema en la Argentina (Adolfo Prieto, *Sociología del público argentino*, 1963), este volumen de Godoy viene a llenar un vacío esencial en nuestro conocimiento de los fundamentos reales de la vida literaria hispanoamericana, y podría ser muy bien guía metódica para intentar investigaciones semejantes en otros países de nuestro continente.

R. A. B.

JIMÉNEZ, José Olivio: *Antología de la poesía hispanoamericana contemporánea*. Alianza Editorial. Madrid, 1971, 508 págs.

El profesor José Olivio Jiménez, bien conocido entre los estudiosos de la literatura hispanoamericana, nos había brindado ya una valiosa antología de la poesía iberoamericana desde el Modernismo, incluido, hasta nuestros días, en colaboración con Eugenio Florit<sup>1</sup>. Ahora ha vuelto sobre el mismo terreno

<sup>1</sup> FLORIT, Eugenio y JIMÉNEZ, José Olivio: *La poesía hispanoamericana desde el modernismo*, Appleton, Century Crofts. New York, 1968, 482 págs.

con un libro más asequible para el gran público, como son todos los de Alianza Editorial, de grata presentación y elaborado con rigor.

Ha recogido el profesor Jiménez en esta antología 37 nombres y un considerable número de poemas, a través de los cuales el lector medio obtendrá una buena imagen del movimiento poético en Hispanoamérica después del Modernismo. El autor no ha tenido, desde luego, el propósito de aventurarse por el tremendo bosque de los novísimos poetas e incluye sólo figuras absolutamente consagradas, cumpliendo así una función orientadora de primer orden. Junto a los consabidos para quienes se interesan por el tema, muchos encontrarán auténticas revelaciones al tomar contacto con poemas de Macedonio Fernández u Oliverio Girondo —entre los ya idos—, Sara de Ibañez, Otero Silva, o Vicente Gerbasi, por citar algunos ejemplos de poetas bien apreciados por los especialistas, pero que aún no suelen estar dentro de la órbita del interés del lector «amateur». Cualquiera, de todos modos, refrendará su admiración ante la vastedad y riqueza que en este género literario, como en otros, ofrece la literatura hispanoamericana de nuestro siglo.

Por supuesto el libro es de la mayor utilidad para el profesional a quien se le ofrece un instrumento de trabajo manejable y acertado. Al menos en España no resulta convencional asegurar que esta antología llena un importante hueco también desde este punto de vista.

El prólogo constituye uno de los ensayos más lúcidos que se hayan hecho sobre la materia. Jiménez, en rápida y eficaz síntesis, centra la significación del Modernismo en relación con la poesía posterior, como conviene hacer cada vez que se aborde esta última para rectificar desenfocos aún existentes; sitúa a Martí y Gutiérrez Nájera en su indiscutible papel de iniciadores del Modernismo con la misma justicia con que coloca a Juan José Tablada a la entrada misma de la poesía contemporánea. Tras examinar la función desempeñada por el vanguardismo floreciente en los años 20 a 30, sin olvidar las fechas anteriores de algunos títulos de Huidobro, se plantea el problema de precisar hasta donde sea posible el momento de apertura franca del posvanguardismo que para muchos no se producirá nada menos que hasta 1940. Jiménez estima más razonable adelantar en una década esta fecha. *Poesía pura* y *superrealismo* son los dos polos señalados por el autor como fundamentales en este heterogéneo universo posvanguardista, completados por las tendencias hacia la inquietud existencial —«la pregunta metafísica»— y la *problemática social*. Jiménez se disculpa por hacer simplificaciones excesivas, pero entendemos que éstas resultan oportunas y convenientes como lo es también el esquema en que estas líneas se refunden a partir de los años 40: *trascendentalismo*, *existencialismo*, *poesía político-social* y formas de raíz tradicional.

Muy válidas son también a nuestro juicio las breves pero sustanciosa consideraciones del antólogo sobre la obra de las últimas promociones de poetas hispanoamericanos y el dogma del «hermetismo crítico», defendido por muchos con rigidez generadora de serios peligros —inautenticidad y uniformidad— que acechan también, apunta Jiménez, a la narrativa. El panorama es suficientemente brillante todavía para que no nos alarme el hecho de que no haya surgido en estos años «esa poderosa y genuina voz que continúe y enriquezca la herencia de originalidad, espontaneidad y fuerza que acrecentaron sucesivamente Darío, Vallejo y Neruda», pero bueno es que radiografías tan autorizadas como la que nos ocupa empiecen a aguar ligeramente una fiesta que es y debe continuar siendo espléndida si se prohíbe la entrada al triunfalismo. Incidentalmente, ya

que de una cuestión incidental se trata, no estamos de acuerdo con la idea de que la poesía española posterior a la guerra civil viera congelado su aliento por su «mal entendido compromiso con la historia». Precisamente lo que a esa poesía se le ha reprochado muchas veces ha sido todo lo contrario. Pero esto es ya otro tema.

No necesitaba el profesor Jiménez justificar la selección de los poetas aquí incluidos. El lector avisado los encontrará a todos absolutamente representativos y los desequilibrios a favor de nombres mejicanos, argentinos, chilenos y cubanos son también comprensibles. Cada autor va precedido de una semblanza, forzosamente breve, pero muy enjundiosa, y de una relación de sus obras con las respectivas fechas de publicación. Los poemas han sido elegidos con arreglo a criterios que pocos dejarán de compartir y que nacen del interés del antólogo por la poesía empeñada en el conocimiento profundo de la realidad humana, por la dirigida hacia lo absoluto sin gratuita retórica y por la que entra, sin oportunismos, en planteamientos político-sociales. Previamente Jiménez nos ha indicado su propósito de que alguno o algunos de los poemas escogidos en cada caso fueran expresión manifiesta de las ideas literarias del autor, «artes poéticas» más o menos explícitas, sin olvidar que igualmente en las viñetas de presentación ha transcrito sistemáticamente juicios textuales de aquellos en el mismo sentido.

La publicación carece de notas y de bibliografías particulares, de ningún modo exigibles en una obra de esta clase, si bien no faltan interesantes referencias en este terreno en las notas de presentación, eventualmente. El compilador no ha querido, sin embargo, dejar de brindar una bibliografía general mínima, pero no exigua —77 títulos— cuya utilidad es evidente, aunque echemos en falta la mención de las editoriales.

Aludir a otras omisiones en cuanto a nombres no resultaría difícil. Sucede en todas las antologías y resulta tópico recalcarlo sin motivo grave, que aquí no existe. Preferimos no caer en ese fácil juego y reafirmar el juicio inicial: la antología es excelente.

LUIS SÁINZ DE MEDRANO ARCE

ARGUEDAS, José María: *El zorro de arriba y el zorro de abajo*. Editorial Losada. Buenos Aires, 1971, 298 págs.

Hace ya dos años que Losada publicó *El zorro de arriba y el zorro de abajo*, y, por lo que apreciamos hasta el momento, parece que esta novela ha caído en el vacío entre la crítica española. ¿Por qué? Si bien es cierto que el tono de la obra se diferencia del de sus novelas anteriores, no por eso deja de ser ambiciosa y comparable a los *Ríos profundos* y a *Todas las sangres*.

El autor representa, como es sabido, un cambio fundamental en la novelística peruana de este siglo, basada en el tema del indio. José María Arguedas, que se crió con ellos y aprendió el quechua antes que el español, da una visión total del indio, no escribe «de oídas» como ocurría con otros novelistas anteriores que no habían pisado jamás una comunidad indígena. El los conoce suficientemente como para poder presentarlos en situación objetivamente, sin mostrar una actitud de benevolencia, de simpatía o antipatía a ultranza. Precisamente, fueron estas actitudes parciales, que eran comunes en la literatura imperante